



HOSPITALIZADO

Dib. ANTEQUERA ASPIRI.—San Sebastián.

EL HERIDO.—Se corre más peligro aquí, que en un combate.

LA DAMA.—¿Por qué?

EL HERIDO.—Porque esas balas en manos de ustedes obligan siempre a la rendición.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

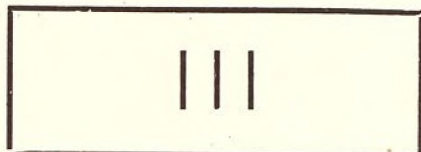


SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR

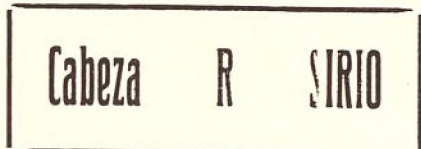


por DIEGO MARSILLA

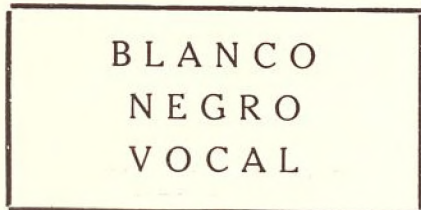
28.—Martirio.



29.—Pensando en la «Parca».



30.—Un mar pequeñito.



Concurso de pasatiempos de Septiembre

Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos pierdetiempistas, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Núm. 16, Maite Obarán, de San Sebastián, una bonita mantiguera niquelada.

SEGUNDO PREMIO.—Núm. 7, Fernando Peña, de Madrid, una pluma estilográfica, sin haber prestado servicio.

TERCER PREMIO.—Núm. 32, Ernesto Santillán, de Santander, un bonito pisapapeles de bronce y cristal.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.



SOMBREROS
BRAVE
6-MONTERA-6

Concurso de pasatiempos de Octubre

Soluciones.

1, *Primer yo, después yo y siempre yo*.—2, *Atilano*.—3, *Cómoda*.—4, *Pardos*.—5, *La Dolores*.—6, *La Cava Baja*.—7, *Parásitos*.—8, *La Victoria de Samotracia*.—9, *El casado casa quiere*.—10, *Matarife*.—11, *Cantar en alta voz*.—12, *La verbena de la paloma*.—13, *Agotado*.—14, *Concepción*.—15, *Las tres gracias*.—16, *Antepenúltima*.—17, *Pase en redondo*.—18, *Antediluviano*.—19, *Cancha*.—20, *Acerolo*.—21, *Langosta*.—22, *Escalinata*.—23, *Col*.

De las 9.875 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas, por los pierdetiempistas que se citan:

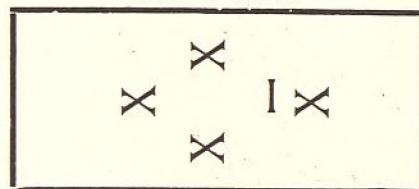
1, Román Martín.—2, Consuelo Cal-

31.—Charada.

—Tengo entendido que nuestra vecina *Prima cuarta, segunda cuarta* mucho con el comercio de la *prima tercera cuarta*.

—Sí, no lo dudo, pero con el sol que toma se está poniendo más tostada que una *todo*.

32.—Cómo debiera «lincharse» a Abd-el-Krim.



33.—Célebre político español.

De ningún modo, no marchas de la fortificación.

vo.—3, Fernando Calvo.—4, Manuel García.—5, Joaquín García.—6, Angeles Vázquez.—7, Fernando Peña.—8, Alfonso Barroeta.—9, Emilio Franco.—10, Emilio Artigas.—11, Bernardo Sanz.—12, Eloy del Puerto.—13, Clemente Rodríguez, todos de Madrid.—14, Fernando Díaz, de Oviedo.—15, Isabel Urzola, de Valencia.—16, Luis F. Lorit, de Castellón.—17, Enrique Pineda, de Segovia.—18, María Colom, de Vitoria.—19, Maite Obarán.—20, Angelita Abanuz.—21, Mercedes Peirona.—22, Adelita Peirona.—23, M. Irureta.—24, Marichu Peirona, de San Sebastián.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 30 del actual.

Cre-
ma



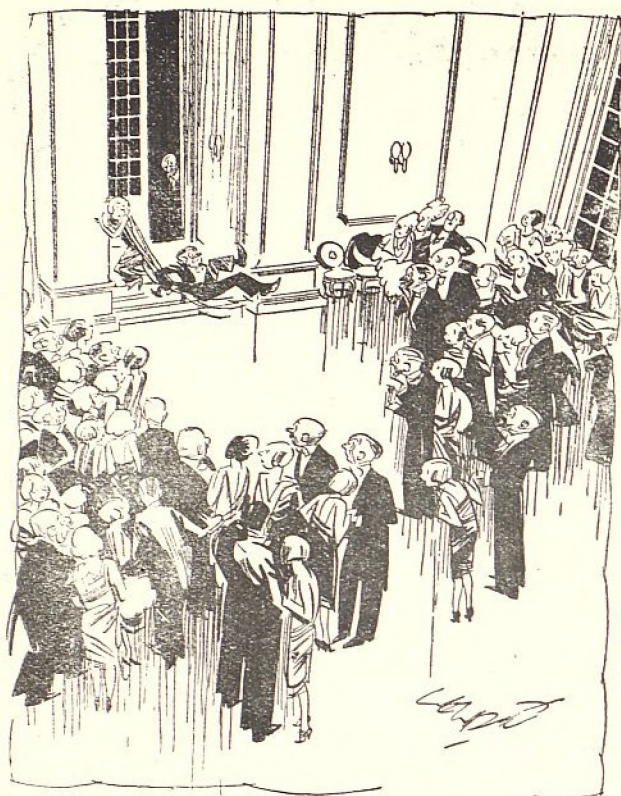
Solar

Boca sana :- Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 5

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de noviembre.



Entra la de Mr. Smith, autor de la novela «Cómo entran en una sala de baile».

LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEVER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar.
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

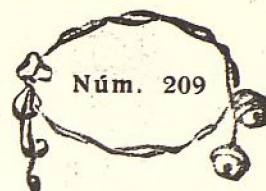
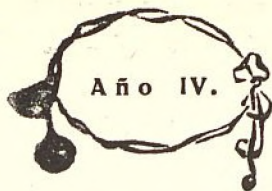
La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin sentirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35. ●

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



LA PERSONA QUE SE OCULTA DETRÁS DE UN ÁRBOL



o observo frecuentemente, casi a diario: en Madrid existe un número crecidísimo de personas que tienen la inexplicable costumbre de ocultarse detrás de los árboles. Lo advierto siempre que viajo en tranvía o en autobús. Por la acera y en dirección contraria, camina muchísima gente. A mí no suele interesarme nunca la gente que va a pie cuando yo voy en coche, aunque el coche sea tan incómodo como un tranvía o tan detonante y monstruoso como un autobús. Sin embargo, llega un momento en que de toda aquella ciudadanía vulgar y consuetudinaria que camina por la acera, se destaca, arrogante, un tipo de mujer. Debe de ser muy joven y muy guapa. Actualmente, todas las mujeres son muy guapas y muy jóvenes, vistas de lejos. Es un efecto de óptica, impuesto por la moda. Pudiera, pues, equivocarme. Sin embargo, creo que no habrá equivocación. Aquellos andares ágiles y graciosos, aquel talle flexible y juncal no dejan lugar a dudas. Tiene que ser una mujer estúpida. Ahora lo veremos, cuando se acerque un poco más...

Pero ¡ay! la señora en cuestión es una de las muchísimas personas que en Madrid tienen la perversa costumbre de ocultarse detrás de un árbol, y en el primero que encuentra se esconde y no hay medio de verla. No es que se detenga, acurrucada, no. Sigue su camino, tranquila al parecer y con la mayor indiferencia. Pero se las arregla de tal modo que a medida que el tranvía avanza en una dirección, ella avanza en dirección contraria y por mucho que miremos y remiremos, siempre está por medio el árbol, con una desesperante obsesión de valla, de trinchera, de muro y de parapeto; obsesión fraudulen-

ta y burlona contra la que no cabe ni el recurso infantil de pegar las narices al cristal de la ventanilla ni la hombruna heroicidad de apearse en marcha. Contra la persona que se oculta detrás de un árbol cuando vamos en tranvía o en autobús, no existe defensa posible. El árbol, de suyo inocente y abierto como un mástil, se convierte en enigmático y reservón como un palo del telégrafo. Deja de ser metáfora para convertirse en hipérbaton. Toda la armónica veracidad de su copa y toda la candorosa honradez de su tronco se hacen cómplices de un disimulo miserable, de una hipocresía inútil e ineficaz. ¿Quién le manda al árbol meterse en estas do-

bleces, en estos encubrimientos, en estas tretas y cuquerías?

Mucho se habla de la Fiesta del Árbol. No me opongo a ella. Pero quédescase para los campos, donde el árbol puede resultar beneficioso; no para las ciudades, donde sólo sirve para escamofear socarronamente a las personas que caminan en dirección contraria a los tranvías y a los autobuses. Triquiñuelas y embolismos, no. Tartufo se fué a la porra y no hay interés alguno en que regrese.

Sobre el interés del ciudadano que camina a pie, sin hacer gasto alguno, sin contribuir de ninguna manera a la sacratísima obligación de levantar las cargas del Municipio, debe estar siempre el interés del ciudadano que viaja en tranvía o en autobús, ayudando con sus respetables quince centimos a aumentar el presupuesto municipal de ingresos. Y el interés de este último ciudadano es que no haya árboles en las calles, para que tras ellos no puedan ocultarse ilegalmente las personas que él tiene perfecto derecho a contemplar desde el autobús o desde el tranvía.

Además, ¿se construyen aceras en el campo? No. Pues entonces ¿por qué se plantan árboles en las aceras? La lógica se impone. Don Cecilio Rodríguez, precursor y vidente, ha sabido adivinar, pese a la opinión unánime de todos mis queridos compañeros en la Prensa, lo que deben ver las ciudades del porvenir. El árbol en Madrid es un enemigo del viajero. Es una indecente filfa. Una cosa decadente y retrógrada, algo pestilentemente agronómico y bestial, que huele a estiércol y evoca hediondas escenas de una rusticidad insoportable. El árbol, como la forma poética, está llamado a desaparecer.



Dib. SILENO.—Madrid.

MARCIANO ZURITA

El Caballero que partió a Flandes

(ROMANCE CASTELLANO DEL SIGLO XVII)

Premiado con la Flor Natural y el Piropo Lógico, en los Juegos Florales de Mieres del Camino.

Era don Juan Maldonado
un gallardo caballero,
amigo de armar camorras
y de desfacer entuertos,
valiente, hermoso, esforzado,
rubio, toledano, esbelto,
bastante enamorado
y, en resumen, algo memo.

Era don Juan muy versado
en lances y devaneos;
vencía a sus contrincantes
con sólo tirar de acero
y enamoraba a las damas
con rapidez de torpedo.

Como el lector supondrá,
(por lo que hasta aquí va expuesto
en sonoros octosílabos),
don Juan vivía en Toledo,
porque—según es sabido—
siempre en Toledo vivieron
los galanes esforzados
y dignos del Romancero.

Por eso, todas las tardes,
cuando en gris tornaba el cielo,
surgía en Zocodover
un galán guapo y apuesto:
era don Juan Maldonado
que salía de paseo.

El aire invernal rizaba
las plumas de su chambergó
y agitaba los mostachos
engomados del mancebo;
y los vuelos de su capa
se tendían con el cierzo,
pues los vuelos de la prenda
eran, lector, unos vuelos
que no los mejoraría
ni La Cierva en Cuatro Vientos.

Don Juan, consciente de que era
admirado por el pueblo,
engallaba su figura,
andaba pisando recio,
se retorció el bigote
rizando el rizo de pelo,

encendía un cigarrillo
(con boquilla por supuesto),
y tirando la cerilla
con un marcado desprecio
continuaba su camino
meditando y en silencio.

A su paso, las mujeres,
que soñaban con un beso
recibido de los labios
sutiles del caballero,
comentaban en voz baja
su belleza de Museo.

Y los hombres le miraban
con un odio manifiesto,
que el odio también palpita
en la ciudad de Toledo.

Pero don Juan era un socio
que tenía trapicheos
solamente con casadas,
porque opinaba que el riesgo
de liarse con solteras
era demasiado serio,
pues esas complicaciones
conducen al casamiento
y huir de la boda es cosa
que ha de hacer todo mancebo.

Como amar a las casadas
debe de hacerse en secreto,
nadie a don Juan conocía
un amor ni un galanteo
y el interés hacia el joven
iba en Toledo en aumento.

...

De pronto, un día de marzo
corrió un notición tremendo
desde el Alcázar alivo
hasta la casa del Greco:
don Juan Maldonado había
partido hacia el extranjero.

—Se ha ido a Flandes—alguien dijo
dando el hecho como cierto
y todos los toledanos
al saberlo, supusieron
que don Juan partió, llevado
de algún dolor muy acerbo,
a hallar en Flandes la muerte,
como cumple a un caballero.

...

Así pasaron los días
y al cabo de cierto tiempo
se supo por qué don Juan
partiera a Flandes resuelto.

No fué a guerrear, ni fué
a hallar la muerte el mancebo...

Porque fué a comprar manteca,
que estaba a más bajo precio
en los mercados de Flandes
que en las tiendas de Toledo.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. Seruy.—Madrid.

—¿Cómo no le das a Marujilla la mitad de la manzana?
—Porque no. Eva lo hizo y ya ves lo que le pasó a Adán...



Dib. AREUGER.—Madrid.

—¿Qué haría yo, doctor, para rectificar mis líneas?

—Esa es una consulta más bien para un general en jefe: ¡Se trata de mover grandes masas...!

LA ESPANTOSA AVENTURA

Perdóneme, lector.

Voy a relatarte unos angustiosos momentos de mi vida, y temo que el relato de ellos te haga compartir la angustia que sufrí yo entonces. Lamentaría en el alma que así sucediera, porque yo, lector amable, estoy lleno de los mejores y de los más puros deseos para contigo.

Por otro lado, no quiero, no puedo

callar la terrible aventura. Mi alma está necesitada de confesión.

Perdóneme, lector, como me perdonarán seguramente, desde la otra existencia, aquellos que se llamaron Hoffmann y Poe, y que la paz sea sobre tu cabeza.

La obscuridad era densa a pesar de aquellas pequeñas filtraciones de luz

tenue y azulina. Cuando nuestros ojos olvidaron la claridad de afuera y se acostumbraron un tanto a las tinieblas, pudimos advertir el lugar donde nos encontrábamos. Era éste un pasadizo estrecho y pétreo, una excavación en plena roca. Las paredes y el techo, sin pulimentación alguna, emergían sus bloques graníticos que eran, a veces, como monstruosas figuras, como seres petrificados por un poder superior y brujo.

Anduvimos unos pasos. Mi amigo, completamente sereno, me incitaba a continuar la marcha empujándome suavemente. Pero el terror me tenía paralizado y lleno de angustia.

—Debíamos volver. Hoy me encuentro excesivamente nervioso.

Mi amigo, por toda respuesta, dejó oír su risa irónica y me empujó con tal brío que hube de recorrer, mal de mi agrado, tres o cuatro metros más. Al final de ellos mi cuerpo adoptó, bruscamente, una dolorosa posición paralela a tierra.

Me levantó mi amigo disculpándose de sus modales un tanto impetuosos y, convencido más por éstos que por sus palabras, comencé a andar resignadamente.

Allá lejos, en el fondo, sonaba un clamor horriblo: voces angustiosas, gritos desesperados, lamentos..., y todo ello confundido con un extraño y potente ruido de madera que cruje, de hierros que chocan, de cristales que se rompen.

—¡No podré resistirlo! ¡Me volveré loco!

Unas aves nocturnas, murciélagos quizás, cruzaron sobre nuestras cabezas con atolondrados y fúridos vuelos.

Mi amigo, ante el pánico que en mí despertaron las aves con su imprevista marcha, dejó oír de nuevo su risa burlona, su risa taladrante.

Logré apaciguar mis iras para con él y di unos pasos más que me condujeron hasta una ornacina socavada en plena roca. En ella, un dragón infernal, terrible, abría al aire sus mandíbulas pavorosas y arrojaba por ellas llamaradas... Huí aterrado. La risa de mi amigo sonaba detrás.

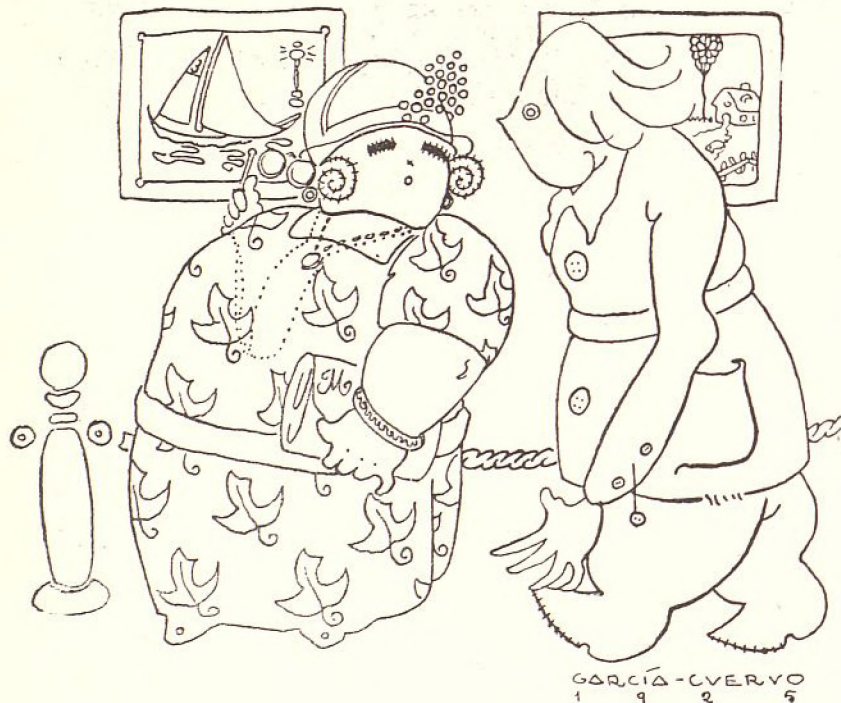
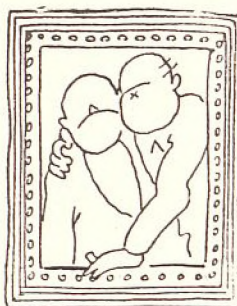
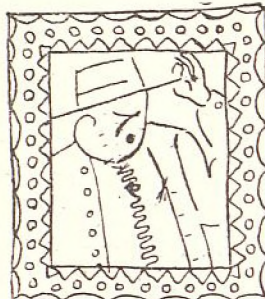
—¡Espera, hombre, espera!

Me detuve. Cuando se reunió conmigo, seguimos andando.

—¿Qué es eso?—interrogué fijos los ojos en el suelo.

—¡Son huesos! Mira, ahí tienes una calavera completa.

Comprendí entonces las tragedias que evocaban aquellos restos humanos. El dragón debió sorprender a los incautos viajeros y destrozarlos en po-



GARCÍA CUERVO
1 9 2 5

Dib. GARCÍA CUERVO —La Arena.

—¿Cómo no tiene usted alguna obra en esta exposición?

—Señora, en esta exposición sólo se han colgado obras póstumas.

—Por eso lo digo; ¿cómo no ha traído usted alguna obra suya tan póstuma o mejor que las demás...?

cos instantes. Al pensar que el mismo desgraciado fin podía yo haber tenido, todo mi cuerpo se conmovió profundamente.

Atravesamos un rústico puentecillo mal seguro, que trepidaba amenazante a nuestros pasos.

Luego, un poco más allá, la tierra cedió bajo nosotros...

Mi amigo, siempre riendo, me ayudó a levantarme y, llamándome torpe, me empujó de nuevo para que prosiguiera la marcha.

El clamor de que hablé antes era ahora más próximo y, por lo tanto, más intenso. Podían precisarse los ruidos que le integraban. No quiero, sin embargo, reseñarlos aquí porque temo hacer interminable esta narración y porque aún he de contar las terribles sorpresas que me esperaban. Una de ellas el ver como entre las rocas, lengüeteaban llamas de fuego amenazadoras de las que logré escapar milagrosamente.

Más tarde, una zarpa monstruosa intentó asirme por el cuello. No lo conseguí porque, el mismo susto que su presencia me produjo, llevome, de un sólo salto, a una distancia respetable.

—¡No puedo más! ¡Salga nos, te lo suplico!

La risa inclemente se hizo más intensa.

—¡Calla, maldito, no rías! ¡Calla o te mato!

En el paroxismo de la locura y del terror, estaba dispuesto a cumplir mi amenaza cuando, de entre uno de los resquicios de la pared, surgió un orangután que, dando terribles alaridos, se precipitó hacia nosotros. En mi huida pude advertir cómo varias piedras se desprendían del techo. Fué milagroso que no me hiriera ninguna de ellas.

Y, al fondo, una claridad, una esperanza... ¡La luz del sol alumbraba allá! Si mis piernas lograban sostenerme

hasta llegar a aquella salida, yo estaba salvado y todas las zozobras habrían concluido y todos los peligros habrían terminado.

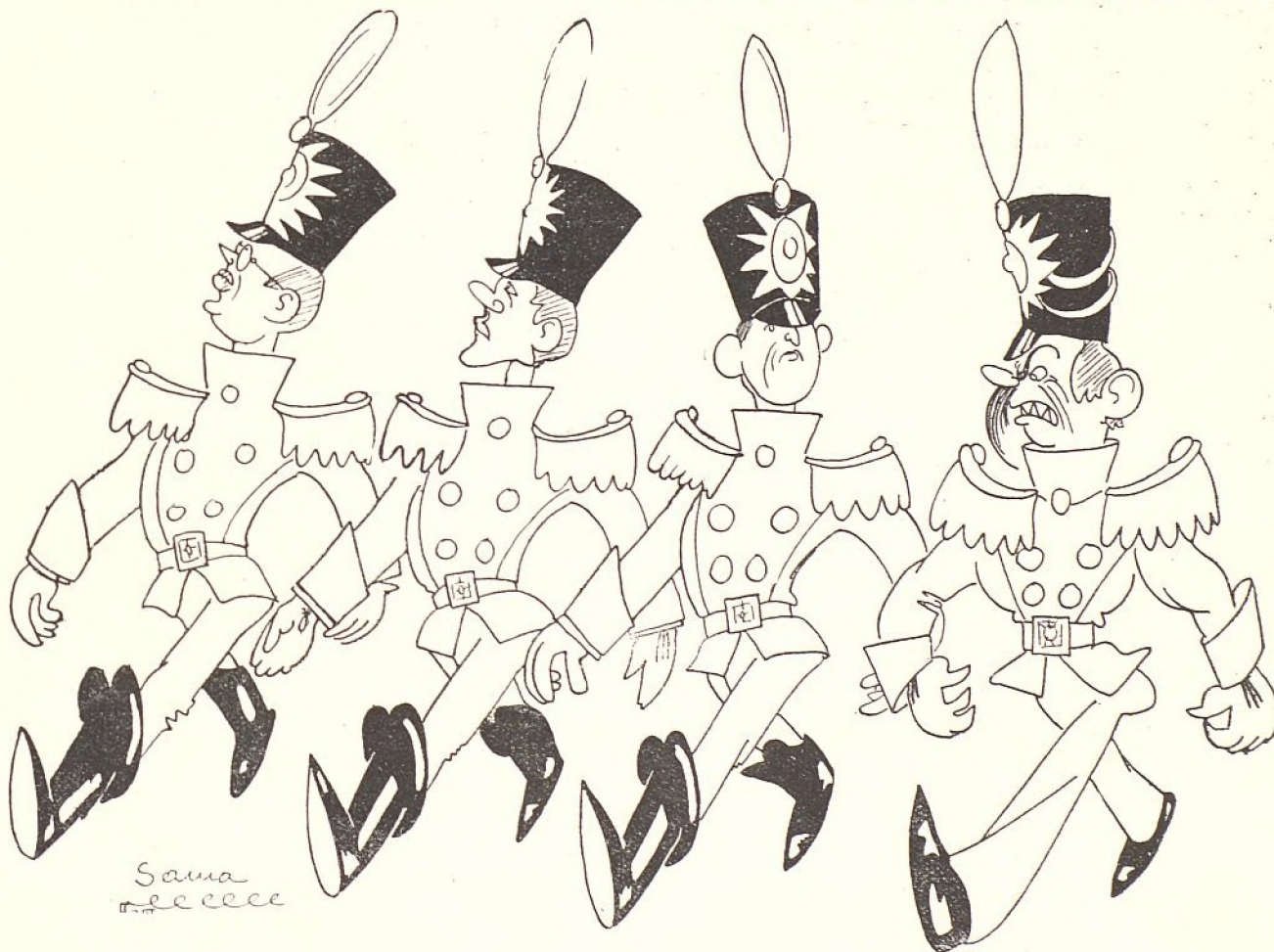
Un último esfuerzo sobrehumano, poderoso.

—¡Luz! ¡Luz!

Mi amigo, cogiéndome del brazo y todavía riendo, me invitó a realizar un viaje en un «carroussel» eléctrico. Después, a tomar unos vasos de horchata líquida valenciana.

Cuando en otras ocasiones he vuelto a la verbena y he pasado junto al espectáculo que se llama «La gruta misteriosa», mis piernas, instintivamente, han precipitado su movimiento. Y ha sido inútil que la voz del dueño de la barraca me llamase ofreciéndome, por la exigua cantidad de cincuenta céntimos, emociones sin fin...

J. SANTUGINI PARADA



EL SARGENTO.—¡Vista al ministro!

EL RECLUTA.—¿Quién, yo? ¡Que lo vista su abuela!

Dib. SAMÁ.—Madrid.

TRAMPANTOJOS

Plante en el Zoo

El director del Parque Zoológico estaba consternado. Lo que no había sucedido nunca le estaba sucediendo a él. Todos los animales del Parque le habían declarado la huelga del hambre, la única que le podían declarar, pero la más eficaz.

El conflicto era pavoroso. Ejemplares casi inencontrables iban a morir si seguía aquel estado de cosas. Y lo peor es que no se sabía la causa de aquel plante. El director había llamado a su despacho a los que echaban de comer a las fieras, había revisado la comida, hasta se había mandado guisar una de aquellas piernas de cordero dedicadas a sus huéspedes, para ver si tenía algún sabor raro. Nada, carne fresca y agradable.

Llamó al manicuro pedicuro de las bestias y al peluquero y al dentista y les interrogó para saber si habían hecho daño o tratado bruscamente a su clientela. Nada. Todos habían estado comidos, serviciales, y, como dijo el peluquero en un pronto sincero: «las he tratado como podía haberle tratado a usted mismo.»

Los veterinarios auscultaron, pulsaron, abrieron las fauces, miraron los ojos de todas las fieras. Nada tampoco. Era lo más raro que habían presenciado nunca.

El director se paseaba por un despacho con maneras descompuestas de león con calentura. Se le oyó algo rugir.

El gobernador de la ciudad, viendo que iba a desaparecer la famosa colección, visitó el Parque, y después de toda clase de indagatorias, le dijo al director:

—¿No será que quieren su dimisión? Hay momentos en que no hay más remedio que dimitir.

—Tenga Su Excelencia ya presentada mi dimisión—repuso con dignidad de rey de la creación el director del Zoo.

—Pero hay que pregonarla por el por qué...

—Es una humillación, pero pregónela... Sólo le agradeceré, por lo menos, sea a hora que no haya público.

Se pregonó la dimisión, pero todos los animales la recibieron indiferentes y moviendo el rabo en sentido nonfático. A la hora de comer, tampoco probaron bocado.

El gobernador entonces ordenó:

—Que les aderecen las carnes... Quizás han evolucionado en la jaula y necesitan que se les cueza el cordero en vino blanco para quitarle el sabor a sebo.

Ni por esas. Todo el Parque continuaba en ayunas.

—¿Se habrán vuelto vegetarianos?—se dijo en vista de eso el gobernador—. Sirvanles naranjas y bananas...

—Se hará si Su Excelencia lo ordena—opinó el conserje—; pero tenga en cuenta que hay muchos animales en el parque que se alimentan con vegetales y cereales y que han hecho causa común con los otros.

El gobernador mandó llamar entonces a un sabio que había dedicado su vida a estudiar el lenguaje de los estorninos. Era el único que podía dar luz en el asunto. Se le trajo urgentemente. Se le encerró en el estorniero y al cabo de seis horas salió de la habitación gritando:

—¡Ya está! ¡Ya sé lo que necesita el parque!

—¿Qué? ¿Qué?—preguntaron ansiosamente Su Excelencia y el director dimisionario.

—Quieren tener aparatos de telefonía sin hilos en sus jaulas.

Precipitadamente se compraron cien aparatos galena—para los monos, de dos lámparas—y se les dotó de unos cascos especiales con algo de bozal y de cabezada. Sólo al elefante fué imposible dotarle de auriculares, y en vista de eso se colocó en su enorme alcoba un alta voz magnífico que él regula ya con su trompa.

Proyecto para suprimir el Ku-klux klan

El Ku klux klan es una institución peligrosísima que acaba con todos los que tengan el cutis un poco moreno, sea por causa del veraneo, de las excursiones alpinas o por naturaleza.

La violencia será inútil contra una institución que cuenta con millones de pistolas automáticas y que obra en secreto.

Yo tengo sencillo proyecto para anularlo de raíz—ya saí el proyecto de un español—y un proyecto no consiste más que en suprimir la k del alfabeto.

Ya sé que los kaistas que precisamente quieren suprimir la q y la c en honor de la k, se opondrán a mi idea, pero no encuentro manera más eficaz para acabar sin derramamiento de sangre con una institución tan arraigada.

Greguerías

Había antes una palabra que hoy apenas se puede usar. La palabra «Viveres», palabra crédula de una época más optimista. Hoy entre cosas falsificadas, faltas de peso y en que no figura la «vitamina», la palabra «viveres» apenas se usa.

Las mujeres iban por la estrechísima vereda de su orgullo.

Al llegar a los noventa años hay que ser «superviviente de las guerras púnicas». Si yo llego a esa edad, es la veterania que me asignaré.

Frase elegante que decir al atardecer en la mujer amada.

—Y cuando seamos viejos me abri-rás con besos las páginas de mi memoria.

Un tema que llevar al primer concilio que se celebre: «¿Se puede permitir un lunar de pelo a un cura rapado de obligación?»

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



Dib.
MARINÉ
Madrid.

—Mira, papá, ¡estoy inconsolable! Mi marido me había jurado satisfacer todos mis caprichos y no quiere complacerme en el primero que le pido.
—¿Qué le has pedido?
—Que me deje viuda!

LA LLUVIA DE ESTRELLAS

«Madrid, 30 de noviembre.
Mi querida prima Estrella
y mi sobrina Estrellita:
Recibí la carta vuestra
en la que pedís a dúo
que os dé noticias de cierta
lluvia de estrellas fugaces
que ha habido sobre esta tierra.
Muy poco puedo deciros
del fenómeno. La Prensa
ya os habrá enterado de
todo lo que os interesa
conocer respecto al hecho
de esa lluvia pasajera,
y yo os contaré tan sólo
que, obtenida la licencia
del Gobierno, a cuyo frente
se halla Primo de Rivera,
verificóse en la noche
del día veinte la juerga
sideral que vulgarmente
llamamos «lluvia de estrellas»,
sin desgracias personales
que lamentar. Dicha fiesta
fué muy *brillante*; y se explica,
siendo de estrellitas llenas
de luz la tal lluvia y no
de cisco ni de ciruelas.
Ordené muy seriamente
que mis nietos y mis nietas
no saliesen a la calle
ni a los balcones siquiera,
para evitar que algún astro
llovedizo sin conciencia,
taladrándoles la gorra,
les rompiese la cabeza.
A mi sobrino el alférez
le hice poner la guerrera
al fresco, por si en las mangas
le caía un par de estrellas.
Mas donde ví que cayeron
fué encima de cierta Empresa
de «varietés», que no sabe
qué es lo que va a hacer con ellas.
Yo no salí de mi casa
(que ya sabéis que es muy vuestra)
por si rasgaba un lucero
mi buen paraguas de seda;
y a oscuras y sin querer
contemplar la lluvia espléndida
un golpe (¡oh, frase manida!)
hízome ver las estrellas:
¡Venid, Estrellas fugaces,
a estar un mes a mi vera

y os recibiré en mi casa
como una lluvia benéfica,
pues aun cuando apenas tengo
luz propia (vulgo pesetas),
soy una estrella de rabo
que brilla por su franqueza!

Y mandad, ¡cuerpos celestes!
a este pariente que os besa
rendidamente en los picos,
o, mejor dicho, en las pecas,

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. PONCINI.—Milán.

—Dígame, doctor, ¿por qué produce ruido el agua al caer en el fuego?

—¡Los microbios que chillan al quemarse!

UN QUITTE AL CAMBIO

El suceso que voy a referir pone tan al borde del *astracán* para el título de esta anécdota taurina, que «he caído» por esta vez. Perdón.

Un día alternaban en Madrid dos toreros famosos: Eusebio Clarín (*Clarinete*) y Ambrosio Piso (*Pisito III*).

La espectación era de las de pararse ante el cartel como ante la lista de la lotería de Navidad, y fijarse mucho tiempo. Era de esos únicos días en que se lee el cartel hasta las observaciones.

Pisito III estaba de moda. Ya se había publicado también de él esa *foto* en que se está poniendo las *luces*, y se aprieta el nudo de la corbata frente al espejo; la cara se le ve, gracias al cristal. Y esa *foto* en que está con zañones y cordobés, con un pie en el estribo de un *auto* formidable. Y esa *foto* en que está, sombrero en mano, hablando con una elevada personalidad del Directorio. Estaba de moda, en fin.

Banderilla, el revistero famoso, le había visto vestirse por la mañana, y lo contaba luego en el concurrido local de una casa de comidas:

—Bueno, lleva un traje formidable,

oro viejo y carmesí nuevo. Y un capote de luces escotado, según modelo «españolada de París», que le ha costado tres mil pesetas y doce pruebas, porque decía que no le caía bien del brazo que tiene que ir descubierto. Y unas zapatillas de tan valiosa y extraordinaria suela de goma, que cuando dió un salto al bajarse de la silla donde se subió para apretar la bombilla del ropero, empezó a dar botes y botes, y a pedir socorro, y a hacerse chichones por el techo, hasta que nos hemos tirado a sus pies. Y unas medias... que no hablemos...

—Lo que usted quiera.

—Y una montera tan bella, tan rica, tan costosa, tan acariciable con la palma de la mano, que dan ganas de echar colonia a su pelillo, como al pelo del torero. Ya tiene tomado un hombre para que le coja la montera en el brindis, y se la cuide.

—¿Es cierto?

—Sí, sí. Es un albañil que está acostumbrado a coger cien ladrillos por minuto, de esos que le tiran al andamio desde el carro. ¡Vaya traje, caballeros! ¡Vaya traje!...

Las últimas palabras tuvieron un eco de murmullo admirativo. Y en cada

mesa se dijo una cifra distinta [muy distinta] que expresaba *exactamente* los dineros que el lidiador de moda llevaba ganados.

—¿Y qué nos dice usted del viejo *Clarinete*, amigo *Banderilla*?—preguntó un comensal al revistero, desde otra mesa, para que todo el mundo le oyera.

Banderilla sonrió, partió un panecillo largo doblándolo, y exclamó:

—¡Pobre hombre! Me han dicho que vuelve al toreo, porque no le queda ni un cuarto de su época de esplendor. En negocios de contrabando y ganadería solamente, ha perdido muchos miles de duros. Y no olvidemos el juego... ¡Le gustaba más que el pan frito! No se dejó aconsejar. Yo le dije: «Pon tu tasca, Clarín, pon tu tabernita; es el porvenir de un torero.» No me hizo caso. ¡Allá él!

—¿Y hará algo?

—Los toreros viejos, son como los toros toreados. Aprenden mucho latín en el descanso. Hará alguna *cuquería*.

—Dicen que irá de prestado.

—¡Oh! Me han contado que viene derrotadísimo. El traje alquilado, las medias caídas, las zapatillas con medias suelas, la montera con agujeros para que entre y salga la polilla como en una colmena... ¡Un horror!

Con esto de los trajes, la espectación era enorme. La plaza cocía de gente, y los borbollones eran los comentarios.

—¡Atiza, tú, fíjate qué tornasol llevan los pantalones del pobre *Clarinete*!

—¡Mira, mira! ¡Vaya medias las de *Pisito III*! Tiene nueve brillos, como las nuevas chisteras...

En la hora de los piqueros del primer toro, *Pisito III* hizo un quite maravilloso, y lo remató dejando valientemente la montera en un pitón, como en una percha.

Como le tocara a *Clarinete* hacer el siguiente quite, imitó una interesante competencia, y colgó su gorro del cuerno vacío.

Espectación...

Entonces se acerca a un peón de brega, y le dice muy por lo bajo y disimuladamente:

—Dale dos vueltas al bicho, *pa* que el animalito no sepa dónde *tié* su mano derecha...

Cuando tal faena se había hecho, Clarín se fué al toro y cogió la montera buena como el más tranquilo fresco de guardarropa.

¡Vamos! ¡Eso ya es el colmo!... Y con la limpieza que lo hizo el *trío*...

ANTONIO ROBLES



—Dib. SENADRE.—París.

—Perdone usted, caballero, ¿es usted el señor Rodríguez?

—Sí, señor.

—¡No me extraña entonces que se le parezca tanto!

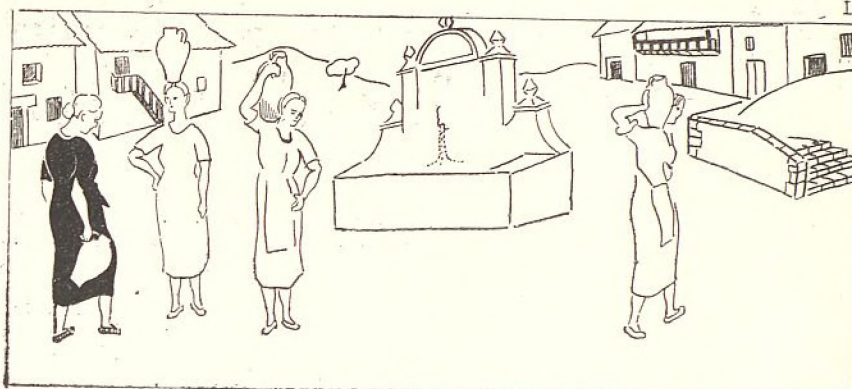
ANACREÓNTICA

Un mostagán linajudo
diéronme hoy en la hostería
y tenté el bolso, a fe mía,
sin repulgos y harto apriesa.
Y las doblillas que pudo
sacóme el buen hostelero,
mozo avizor y mañero
ducho en tan villana empresa.
Presto regalé mi panza
sin doncellescos reparos,
que los melindres son caros
y no me llenan el diente.
¡Brava fué aquella pitanza,
y el perol de gallinejas
bien rociado con Noblejas
sacióme cumplidamente!
Buen trecho tomé reposo
en fermentido petate,
que los tragos de mollate
se purgan de aquesta suerte.
Y al volver en mí, gozoso,
amargóme mi ventura
una endueñada hermosura
que me endueña hasta la muerte.
La tal, llamada Clorinda,
que en la misma cantidad
ha doblas y fealdad,
reclamó lo que otras veces.
Y como es rica y no linda
hube de pensar primero
que en su faz en su dinero
y apuré las viles heces.
Dejé aquel saco de tabas
que, en son de besar, mordía
con sotileza de arpía
y huroneé un goce más puro.
Me dí a tus brazos. Te hallabas
en traza asaz expresiva,
despojada, incitativa,
como bocado seguro.
Al ver la undosa guedeja
cayendo sobre tu frente
sentí alargárseme el diente
de afán de un nuevo yantar.
¡Cuán distinta de la vieja
izaste, amada, tus brazos
y entre aquellos blandos lazos
supe de un mejor manjar!
Y entre el mosto linajudo
y el perol con la fritanga
y el amor, que no la ganga,
de la endueñada hermosura,
se me hizo en el vientre un nudo
y al catar de tu alhacena
ví que la cena es más buena
cuando la carne está dura.

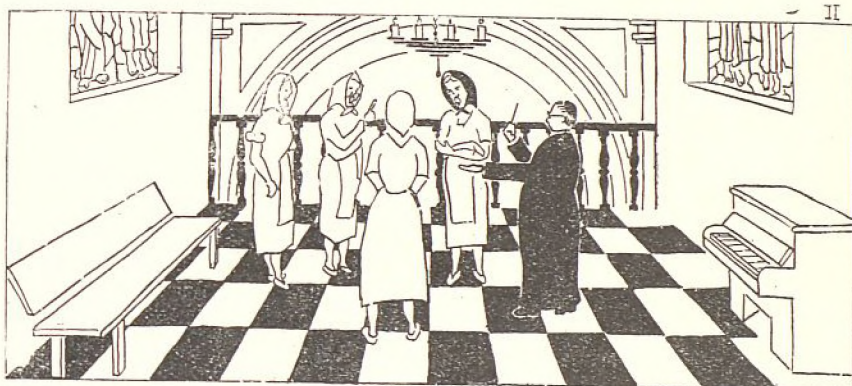
SOTERO L. PEÓN.

CANCIÓN POPULAR

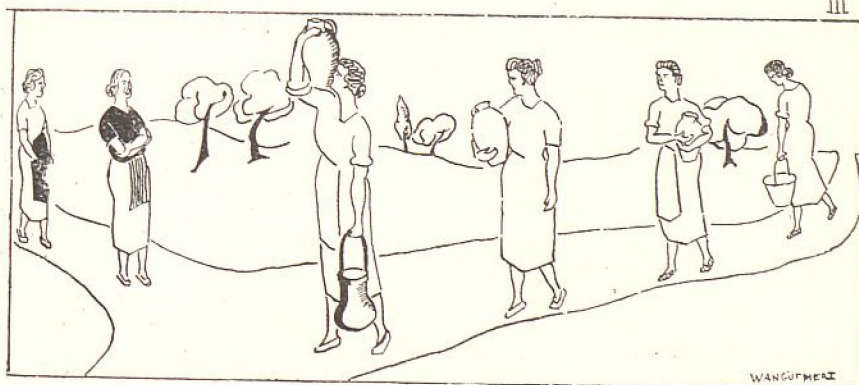
(Historieta por WANGÜEMERT.—Madrid).




En Puebla de Trigo
De Río Valiente
Las mozas del pueblo
Se van a la Fuente.



Y luego en el coro
Aprenden canciones,
Que entonan en misa
Y en las procesiones.




Y pasan la vida
Con mucho decoro
Ya del coro al caño
Ya del caño al coro.



BAMBALINAS

DIABLAS Y TRAISTOS



En el Fontalba. «La Nave sin timón»

Mientras en Martín triunfa Bretaña, un poco más acá, en el Fontalba, triunfa Bretaña. ¡Que sea enhorabuena! Yo por mi parte me doy también la enhorabuena por haber empezado el artículo presente con el juego de palabras que ustedes habrán podido admirar. Entrenamiento puro.

La comedia del Fontalba pasa en Bretaña. «¿Por qué pasa en Bretaña?» —preguntaba un espectador el otro día. Pues ¿por qué ha de ser, señor? ¿No se han fijado ustedes en el título: *La Nave sin timón*? Menudo título para que lo prohíba el Directorio. Si Ardaín llega a situar la acción en España hubiera tenido que dar serias explicaciones al censor. «A ver ¿qué nave es esa? ¿Qué quiere usted decir con eso de la Nave sin timón? ¿Usted no sabe que al Estado le llaman todas las personas ilustradas La Nave del Estado? Pues ojito y ¡pocas alusiones!

No; Ardaín no tenía la menor intención malévolá. La Nave en este caso es el hogar, la familia de un pescador bretón y el timón que falta no es timón: es timona; es la prima del pescador que debía haberse casado con el primo y que acaba haciendo lo que debía. Lo que debía haber hecho unos años antes. Si no lo hizo entonces, no fué por falta de ganas; fué, sin duda, porque comprendió que haciéndolo años antes privaba al Fontalba y nos privaba a nosotros de una bella comedia y de unos bellos versos. Hay que estar en todo y no pensar sólo en una nave. La nave de su primo el pescador estaba sin timón y no lo hubiera estado de casarse ella con su primo; pero también la Nave del Fontalba andaba un si es o no es con el timón Dios sabe como, y necesitaba que hubiese en el mundo algún conflicto de éxito; uno de esos disgustos de familia que da gusto ver en el teatro; uno de esos disgustos de verdad que hacen llorar a medio mundo a razón de 750 la butaca y hacen llorar luego al otro medio a precios populares.

Nosotros pudimos observar que todos los detalles de la obra eran del agrado del público. A cada detalle decía cada cual «Así ¡da gusto!» Era

aquello lo que cada cual estamos deseando. Y era natural: existían razones para ello; unas razones que yo me he complacido en ir investigando.

El pescador, ante todo, se gana, desde el primer momento, la simpatía de todos los espectadores. ¿Cómo no? Al que más y al que menos le gustan las sardinas, aunque sean espectadores del aristocrático teatro del Fontalba. Nos gustan, desde luego, y como sabemos que aquel hombre se dedica a la pesca de sardinas, se nos llena el ánimo de optimismo y simpatía por un prójimo como aquel a quien debemos, en combinación con la parrilla, una de las emociones más succulentas de la vida.

La prima del pescador que, allá en su juventud quiso al pescador con amor de novia, y ahora que el pescador está casado sigue queriendo al pescador aunque con amor a la sordina, nos entenece también y nos produce la emoción de todo amor desgraciado. La oímos hablar en verso en el primer acto, la oímos hablar en verso en todos los momentos más solemnes de la vida y nos llenamos al oírla de enternecida compasión. ¡Pobre criatura!...

El indiano—un indiano que hace la corte con éxito—o cuando menos con *succés d'estime*—a la esposa del pescador, nos produjo también una verdadera satisfacción porque es el encargado de desempeñar el papel antipático de la obra, y esto siempre gusta. Que el adinerado sea un tío a quien podemos dedicar una hinchada concienzuda es cosa que también nos sabe a gloria. «Sí; no cabe duda: el dinero vuelve a las personas antipáticas—pensamos—; es así que yo no tengo un perro, luego debo de ser el mozo crío más simpático del universo.» Y nos consolamos de nuestra situación monetaria pensando y creyendo en la ley de las dulces compensaciones.

La mujer del marinero lleva las de perder; es una mujer egoísta, venal y que se revuelve y muerde en cuanto la ponen el pie donde le aprieta el zapato. Verdad es que cualquiera de nosotros, sin ser mujer de pescador, estamos cuando nos aprietan los zapatos como para que nos pidan la pulga—como dicen los clásicos de ahora. Pero con

todo, no es buena mujer; es buena actriz, pero no es buena mujer. Ahora, que toda la mala impresión que pueda habernos producido, nos la borra muriéndose.

¡Caramba y qué buen rato pasa el que más y el que menos cuando se enteran de que aquella infeliz se ahogó la noche antes! Es este un fenómeno fenomenal que ya he tenido ocasión de comprobar otras veces. Nos gusta tanto que ella sea infiel para así poder, en nuestro interior, poner verde al indiano y compadecer al honrado cosechero de sardinas; nos gusta tanto que el pescador honrado pueda tener toda la razón de su parte, y tenemos tanto miedo de que el pescador y la prima vayan a cometer cualquier indianada como haya un acto más, o como no acabe el acto a tiempo; nos gustaría tanto, además, que estas dos pobres criaturas pudieran gozar a toda vela de su amor, que en el fondo de todo corazón sensible hay un pensamiento que dice: «¿Por qué no reventará la mujer? ¡Eso es lo que aquí está haciendo falta!» Así que, cuando revienta, en todos los robles pechos de los espectadores del Fontalba retoza la satisfacción y aplauden con regocijo.

En Eslava, «Una comedia vivida»

En Eslava se ha estrenado un vaudeville que se llama *Una novela vivida*. En francés se llama *El señor de las cinco*. Es que en un determinado Bar se presenta todas las tardes a las cinco de la tarde un señor que protege a la dueña del Bar. El señor es un millonario pero, queriendo ocultar su personalidad para evitar que las damas suban la cuota de las exigencias al nombrarle banquero toma el nombre de un empleado suyo y... sale: el lfo consiguiente.

La dueña del Bar, aunque protegida por el señor de las cinco, tiene un novio que se acuesta a las ocho, que es novelista y que todo cuanto le ocurre a su novia lo aprovecha para su novela aunque desfigurándolo un poco para despistar. Y él, calenturiento, crédulo y desfigurador, se arma un lfo terrible con todo; empieza por no saber la ver-

dad, sigue desfigurando la verdad, continúa dando a los otros versiones engañosas de la verdad y acaba por hacer que todos vivan y rovela, formando un zipizape que dura lo que duran las horas normales de una representación de teatro.

Esto, aunque parezca un simple lío de vaudeville, pasa en la vida mucho. Casi todos los novelistas se enteran como Dios quiere —y Dios quiere que no se enteren bien— de lo que pasa en la vida. Arman una novela con todo eso. La gente, después, lo lee y va creyéndose que la vida es de aquel

modo porque ¡cuando lo dice un hombre de talento! Luego se acostumbra a la novela, se llega cada uno a figurar que han visto ellos la vida lo mismo que el novelista. Si alguien sale diciendo que aquello es mentira o escribe una novela con la verdad o con otro lío distinto, le dicen que está loco, que aquello es un disparate. Hasta que algunos se acostumbran también a este nuevo disparate y lo defienden. Estos defensores acaban por hacer prosélitos; y al cabo de algún tiempo ya el segundo disparate se ha aclimatado tanto como el primero y hay en el mun-

do dos disparates más en vez de uno, y otro tercer disparate que se forma de la unión de los dos, y otro cuarto disparate, el que nace enfrente de los otros, inventado por alguno de esos seres que siempre van a la contra.

Así vamos viviendo novelas y novelas, como la *Novela vivida* de Eslava, pero con dos diferencias; que la novela de Eslava la hacen bien y nosotros la hacemos mal; que la de Eslava dará dinero y la nuestra ni lo prestará si quiera.

MANUEL ABRIL

== LOS CELOS ==

Señores: vamos a hablar de los celos... Y ante todo, ¿tienen razón Stendhal y Bourget cuando afirman que los celos son orgullo? Supongo que ustedes no contestarán a esa pregunta, porque tendrán otras muchas cosas que hacer, pero yo que ando muy desocupado estos días, contesto resueltamente:

—Sí, señores; Bourget y Stendhal tienen razón.

Los celosos son seres tan despreciables que merecen toda clase de males y castigos. Generalmente, la persona que soporta los celos de otra, acaba odiando a quien amó.

Añadamos un nuevo acto a «Otelo» con el permiso astral de Shakespeare.

Supongamos que la dulce Desdémona es arrancada de las manos del negro cuando se presentaban en ella los primeros síntomas de la asfixia; supongamos que alguien le practica la respiración artificial y supongamos, por fin, que Desdémona vuelve a la vida... Abrirá los ojos, tecteará su bello y arrebatado semblante y dirá seguramente, refiriéndose a Otelo:

—¡Qué salvaje!

Otelo—en este acto que nosotros añadimos—se convence de que le han tomado el pelo y de que la aventura del pañolito es una ridiculez y de que ha caído en un lazo muy burdo. Pero no por eso dejará de celar a Desdémona; está consustanciada en él la desconfianza y desde aquel momento se dedicará a espiar a su amada constantemente.

—¿En qué piensas? ¿Qué has hecho

hoy? ¿Con quién soñabas ayer? ¿A quién escribiste anteayer?... Etc., etc.

La pobre Desdémona, muy aburrida de semejante fiscalización, aún conservará una temporada cierta tibieza amorosa hacia el estúpido negro. Pero llegará un momento—es fatal—en que harta de desconfianzas y de ridiculeces, se dejará caer en los brazos de un amigo de Otelo. No importa cual. Tal vez será Yago, que comienza a hacerle cierta gracia. Y ya, decididamente, de un modo real e intencionado, le regalará al traidor de antaño y al aliado de hoy un pañolito precioso, bordado, estampado, en una de cuyas esquinas habrá escrito «amor mío» con signos taquigráficos para que Otelo, que es bastante ignorante, no se entere del lío.

Luego, en sus entrevistas con el amado, se burlará de Otelo. Y, a lo último, un día se dirá mentalmente, al contemplar al negro:

—¿Cómo habré podido amar a este bárbaro?

Afortunadamente el talento de Shakespeare no ideó este nuevo acto; Desdémona muere dejando una estela de fidelidad, y los celos de Otelo son furiosamente castigados por el remordimiento de toda la vida.

Pero hay un aspecto de los celos que ni Shakespeare, ni Stendhal ni Bourget han analizado en sus obras. Para suplir esa falta es para lo que se ha enhebrado este artículo. Es lo que podríamos llamar «el truco de los celos». Se emplea muchísimo. Yo conozco innumerables casos. Y es privativo de las mujeres, de las mujeres coquetas.

Una mujer coqueta, coquetea. Me inclino a suponer que esto está bastante claro. Coquetea con todo bicho viviente; pero comprende que hay algo que va a impedirle desarrollar toda la gama de su coquetería; ese algo es el novio o el marido, que no va a consentirlo. Entonces la coqueta acude al «truco de los celos» y comienza a marear al novio o al marido haciéndoles terribles escenas en las que les habla de sus hipotéticos devaneos con otras mujeres.

—Yo no te engaño—dice él, un poco asombrado.

—¡Sí, sí! ¡Sé que me engañas!—gime ella llorando en convulsiones.

El hombre, que en el fondo es redomadamente tonto, sonríe interiormente. Y piensa: «¡Cómo me quiere cuando así teme que alguien la quite de mi pensamiento!»...

La coqueta ha triunfado; el truco de los celos ha tenido un nuevo éxito. Aquel individuo, poseído de que le adoran hasta la enajenación, tomando por amor lo que sólo es truco, conservará siempre los ojos cerrados y no verá ni con prismáticos la coquetería de la original estrategia.

Pero estoy seguro de que la exposición de este aspecto de los celos no servirá de aviso a los incautos. La petulancia masculina es invencible.

Y las coquetas seguirán empleando su «truco» y los celosos continuarán matando Desdémonas.

Lo permite el Código...

PONDAL

NO OS FIEIS DE LOS ELOGIOS

Voy a referir por qué he vuelto al ejercicio de la literatura, a riesgo de que algún lector «bien humorado», como han de serlo todos los de esta revista, me pregunte con algo de zumbra: «Ah, pero ¿había sido usted escritor? O de que otro lector, más guasón todavía, me diga en tono de consejo: «Pero, hombre, ¿para qué se ha molestado usted? Por nosotros no lo haga.

En mi casa había un sofá viejo, con los muelles hundidos y las telas rotas; uno de esos simpáticos sofás que le permiten a uno tumbarse en ellos sin consideración alguna, incluso con los

zapatos llenos de polvo, tal como los trae de la calle. Hijas del dicho sofá eran dos butacas. Una, muy coja, estaba arrumbada en el cuarto ropero. Era muy útil para cambiarse el calzado o echar a andar el trenecito de los niños. La otra estaba en el mirador. Allí le daba el sol a la pobre, allí le entraba la lluvia, allí podían los chicos patinear a su gusto y divertirse. Eran tres muebles afables en su vejez, útiles en su jubilación, surtidores de mil comodidades íntimas; pero desdecían del buen tono de los otros muebles.

Un día llegué a casa y me dijo mi mujer: —«He mandado forrar la buta

ca del mirador, que está muy a la vista. Total, son diez metros de tela a 24 pesetas. Haremos economías en otras cosas. Este mes no iremos al teatro.»

Me resigné con aquella enérgica determinación; pero a los cuatro días me informaron en casa de que el tapicero había hecho tales elogios del mueble. «que era un crimen no arreglar el sofá y la otra butaca». Eran muebles «de lo que ya no se hace.» ¡Vaya unas maderas ricas y vaya género! Forzosamente aquellos muebles habían pertenecido a un aristócrata del siglo pasado, o tal vez a Isabel II. «Si estas butacas fueran más»... había dicho el tapicero sin acabar la frase.

Me costaba mucho trabajo transigir con aquel gasto; pero, en fin, tantos metros de tela a tantas pesetas... total, tanto. Todo sería cuestión de gastar por una vez 500 pesetas. El placer de poder contarlo era casi sobrada compensación.

Quince días después nos devolvieron nuestros muebles, ya restaurados. Estaban estupendos y nosotros les pasábamos la mano por el terciopelo del asiento, como si acariciáramos las ancas de un caballo de carreras.

Mi mujer consideró que no podían ocupar los mismos lugares que antes; no podían estar desperdigados aquí y allá; habían de estar juntos en el gabinete, con unos pañitos bordados sobre el respaldo; y los primeros días, estábamos tan entusiasmados que, a lo mejor, interrumpíamos la comida y con la servilleta en la mano, abríamos despacito la puerta del gabinete y mirábamos un rato al sofá y las butacas. Después de esta ración de vista nos reintegrábamos al comedor y nos felicitábamos de tener unos muebles «de lo que ya no se hace», unos muebles que serían el asombro de nuestras amistades; unos muebles que nos hacían dignos de recibir una visita siquiera cada tres meses.

Yo echaba de menos mis comodidades de antes; ya no tenía donde tumbarme, ni donde jugar con los niños, ni donde sentarme a ver la lluvia los días de tormenta. Un vistazo a los muebles, de cuando en cuando, y la consideración de su buena calidad, eran toda la dicha que podía esperar de ellos.

El día que el tapicero me envió su factura, me caí de espaldas. Yo no había contado más que el valor de la tela; pero ¿y el cordón? ¿Ustedes saben lo que representa ese cordón gordo que tapa las juntas? ¿Ustedes saben los metros de cordón que absorben dos butacas y un sofá? Pues, una cosa así como un cable submarino de



Dib. PADILLA.—Santander.

—Desengáñese usted, Manolo. Todas tenemos nuestro flaco...
—¿Y usted también, doña Pánfila?

Cádiz a Canarias, a cuatro o cinco pesetas el metro. Después venían cinco o seis conceptos más; forros muelles, clavos, etc., representados por cifras aplastantes. ¡Aquello era mi sueldo de un año!

Cuando intenté formular una protesta, el bueno del tapicero sacó la factura que a él le había puesto el almacenista de paños. Había que compadecerle: resultaba que él no ponía nada por su trabajo; él salía perdiendo; él había tenido en cuenta que yo no era rico y se había sacrificado en mi obsequio; él no había hecho otra cosa que impedir que se perdieran unos muebles magníficos.

Era el almacenista de los paños el causante de que la factura hubiera subido tanto. Fui a verle, para intentar

una rebaja, y en poco estuvo que no le diera las diez pesetas que llevaba yo en el bolsillo. «Va usted a ver a cómo me lo ponen a mí.» Buscó, a su vez, una factura extranjera y... «sume usted las Aduanas y el flete y el seguro, y fíjese en la calidad del género y verá usted lo que he perdido en el negocio. Ha sido una tontería mía, de esas que sólo se hacen una vez en la vida, cederlo a tan bajo precio».

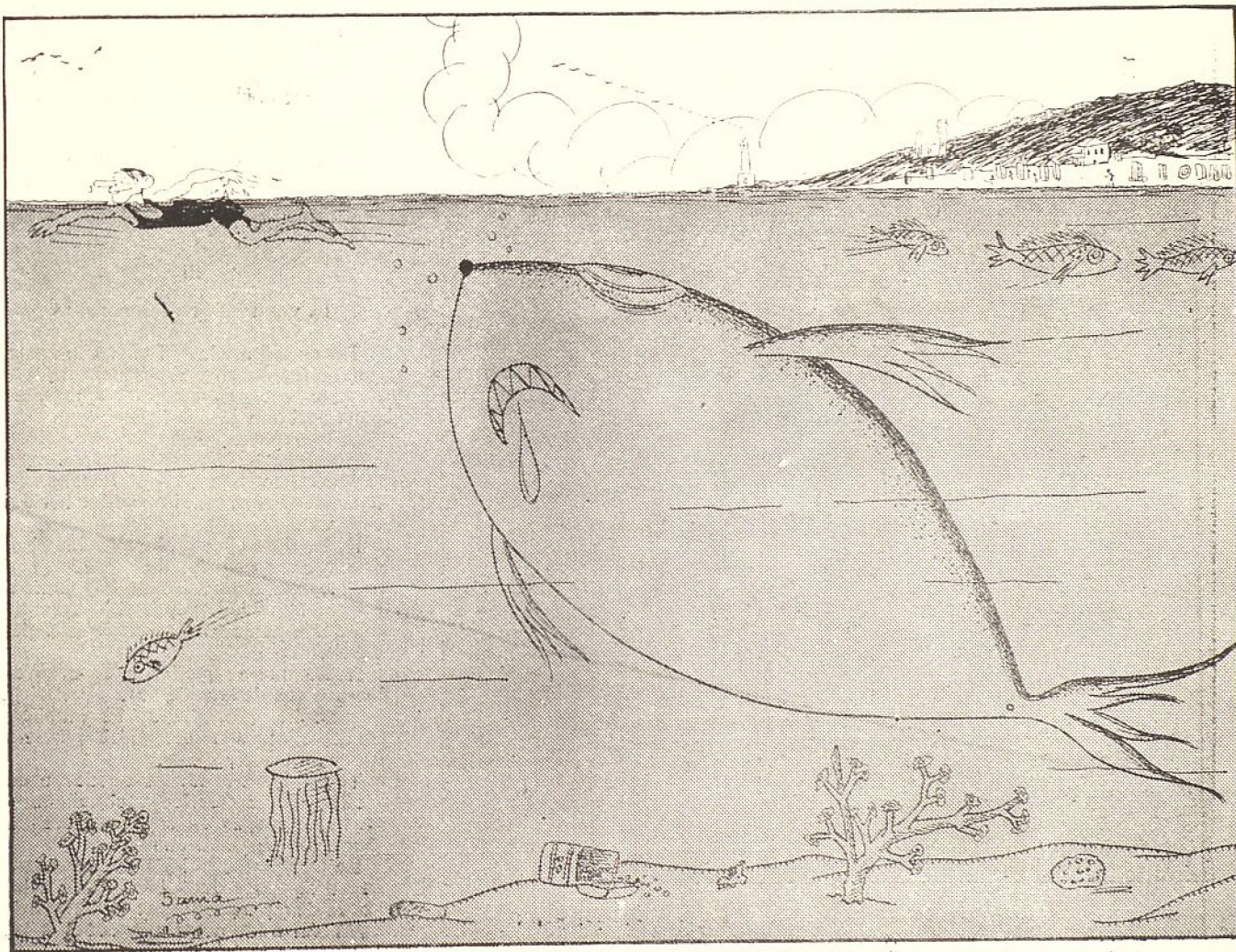
Tuve que salir de la tienda lleno de gratitud y sin querer llevar más lejos mis investigaciones, por no dar con más gente sacrificada con análoga abnegación.

Una vez en casa, y sentándome en una de las butacas recién arregladas (a riesgo de tener un disgusto familiar) me quedé mirando al techo, apabulla-

do por la cuantía de la deuda contraída, en actitud de tal consternación, que cualquiera hubiera dicho que yo estaba pensando en colgarme del gancho en que se suspende el aparato de la luz. No era eso; yo miraba al techo, por lo mucho que esa postura ayuda a salir de los graves conflictos; y media hora después, con el alma acongojada, escribí el artículo más gracioso de mi vida.

Así reanudé hace meses mis labores literarias. Si éstas me conducen a la inmortalidad, España se lo deberá al calor con que aquel tapicero llevó a mi familia al convencimiento de que éramos dueños de unos muebles «como ya no se hacen.»

RAMIRO MERINO



Dib. SAMA.—Madrid.

EL TIBURÓN.—¡Caramba, qué suerte la mía! ¡Un diabético! ¡Con lo que a mí me gusta el dulce!...

TRES HISTORIAS DE NOCHE

I

LA HORA DE SILENCIO

En la hora de gran silencio, del silencio que se comía el crujir de los pasos, las campanas de los altos relojes y hasta el rumor del viento, fué Luis tan imprudente que se asomó al balcón.

Tuvo que cerrar los ojos, que enguñarlos, porque el silencio era como humo gris. Pero los oídos no los pudo cerrar—no se cierran nunca—y por ellos se le entró el silencio y bajó hasta muy hondo.

Cuando volvió a su cuarto, el silencio le silbaba en el cerebro y lo envolvía y lo aislaba todo. El mismo se gritaba, para sacarse el silencio, y ni él mismo se oía. Solo el timbre le sonaba dentro, martilleando.

Hasta que un día, por si aquello se pudiese curar como sordera, fué a ver al dentista de los oídos y éste, con un algodoncito pinchado en un palillo, como si fuera una aceituna, le removió el silencio, y lo sacó fuera, deshollinando bien. Y los sonidos volvieron, líquidos, diáfanos, como suenan después de una lluvia, en el año mojado.

II

EL CAZADOR DE ESTRELLAS

Tantas veces el mirarlás, volcando hacia atrás la cabeza, habían llevado a Blas el deseo de cazar estrellas. Un falso globo—bien untada de goma su superficie, para que, cuando estuviere arriba, las estrellas se quedaran pegadas—no era mala idea.

Una red de sombra, y las estrellas dentro, encerradas, al tirar...

Hasta que, un día, cuando ya era viejo, encontró Blas la manera de cazar estrellas, la manera que estaba más a mano y era más fácil: la trampa para estrellas.

Y, por las noches, en el jardín, ponía un espejo en el suelo, y se sentaba al lado, a esperar. Y las estrellas, curiosas, o sin darse cuenta, las pobres se asomaban al espejo y caían dentro. Y Blas, cuando ya tenía el espejo bien lleno de polvo de luz lo volcaba en un saco.

Al volver, el saco repleto sonaba como si estuviera lleno de cristalitos de lámpara, de prismas de luz y de sonidos claros.

III

LA VENGANZA DE LAS PUERTAS

Todas las noches, Pepe, el sereno, daba a las puertas el navajazo frío de la llave, ese navajazo que se remueve en la herida, y las abría para dar entrada a los vecinos. Aquello era terrible. Las puertas crujían de unas en otras el deseo de venganza, y chirriaban tristemente al abrirse, sintiéndose heridas otra vez.

Pepe, el sereno, implacable, las abría una noche tras otra. Y si alguna se resistía, hinchando sus maderas como si tuviese humedad, Pepe, el sereno, les daba una patada fuerte con sus botas duras.

Hasta que se pusieron de acuerdo las puertas de la calle para no abrirse una noche, escondiendo su ombligo, que es el ojo de la cerradura, para que no encontrase la llave.

Todas las puertas se quedaron cerradas, hasta que los vecinos, impacientes, empezaron a voces para llamar a los de sus casas.

En un momento, los balcones se llenaron de gente despabilada...Y, a las voces de los de abajo, no tuvieron más que bajar a los portales y coger a las puertas por la espalda, indefensas como estaban, y abrir para adentro, tirando del cerrojo.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

CONSECUENCIAS DEL SHIMMY

—¡Estoy rendida! ¡No he cesado de bailar en toda la noche!
—¿Te duelen los pies?
—¡No; los hombros!

LA CONSULTA CUENTO ANECDÓTICO

Don José Vargas, el famoso abogado de Sevilla, trasladó su domicilio y bufete a la casa que había dejado un no menos famoso médico de la ciudad de la gracia, y como había de tener la cancela abierta para que sus clientes entraran al despacho, ocurría, con harta frecuencia, que al mismo tiempo que los que en solicitud de consejos para sus malparados pleitos iban a visitarle, se le colaba de rondón algún que otro enfermo «cateto» que ignorando que el médico ya no vivía allí, consultaba antes de entrar el papel con las señas que en el pueblo le facilitara un amigo y al ver gente en el patio, no dudaba más y entraba en turno entre los que esperaban que don José los recibiera.

Y don José, hombre cachazudo y de buena pasta, que por el refinado placer de perder el tiempo, «un désto de la mano diera», lejos de molestarse, ni mucho ni poco, con la visita de un enfermo, lo acomodaba muellemente en el sillón frontero a su mesa, lo dejaba hablar, se enteraba con minuciosidad de lo mal que iba el pulmón, el hígado o el bazo del infeliz y por remate de cuentas lo compadecía y le daba las verdaderas señas del galeno.

Malas lenguas dicen que a alguna que otra garrida pueblerina llegó a reconocerla concienzudamente. Nosotros, ni afirmamos ni negamos.

Enredaba don José con dos cristallitos que había comprado para ponerse los a dos relojes de bolsillo. Estaba en sus glorias dedicado a perder el tiempo, haciendo lo que un relojero hubiera hecho en dos segundos y llevaba cerca de una hora sin conseguir encajarlos a su satisfacción, mientras sus clientes esperaban que les diera audiencia, cuando ya, si no desesperado por lo menos aburrido con la inútil faena, mandó dar la voz de «pase el primero».

Y el primero que pasó fué un «grullo» que dejando las alforjas sobre la mesa, empezó a quitarse los pantalones ante la admiración del bueno de don José, que lo contemplaba sin dejar los cristallitos de la mano.

—Mir'usté—le dijo por fin el paleto enseñándole su parte posterior y en

ella unas hemorroides como níspe-ros—. ¡A ver qué me pone usté aquí!

—¡Señores—dijo don José después de mirar aquello atentísimamente—, qué barbaridad!

—Sí, señó, una barbaridá. ¡Póngame usté algo, hombre!

—Pues yo... como no le ponga un cristallito de estos...

—¿Eh?

—Sí, porque el médico vive en Santa clara, 10. ¡Vístase el amigo! ¡Que pase otro!

—Mira, Pepe, le decía el médico en el casino, hazme el pajolero favor de no entretenerme a mis enfermos en tu casa, porque después llegan tarde a la consulta y me tienen trabajando hasta las tantas.

—¡Vaya enfermo de hígado que te mandé ayer, gachó!

—Era un caso bonito.

—¿Bonito llamas tú a un tío color de pajuela y hecho un sar-miento?

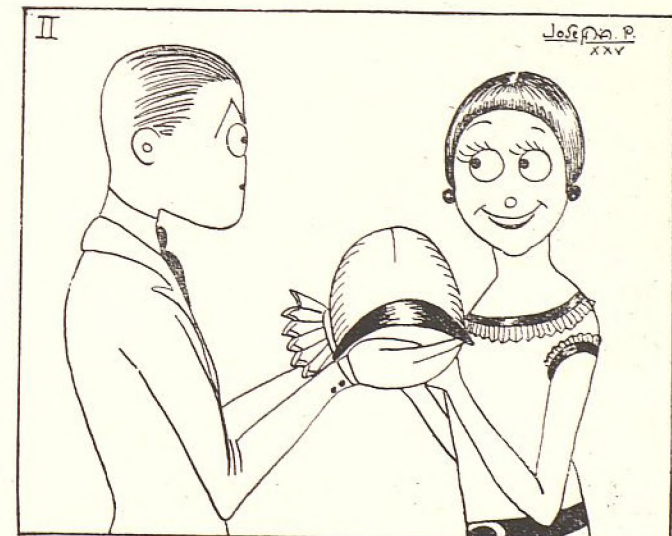
—Es que tiene una cirrosis hipertró-

CORRECCIÓN (HISTORIETA EN DOS MONOS POR JOSEFINA PEÑALVER)



ELLA.—¡Qué buen gusto tienen estos pasteles!

EL.—Mujer, se dice sabor...



EL.—Mira que sombrero te he comprado. ¿Te gusta?

ELLA.—¡Oh, sí, es lindísimo! ¡Que buen sabor tienes!!

fica que se las lía. Claro que yo le receté...

—No, no me des un curso de terapéutica. Te conozco y eres un lata. Oye: ¿ha ido hoy a verte un prójimo con un bulto en la cara?

—No.

—Me lo suponía.

—¿Por qué?

—Porque, seguramente, salió de mi casa más acharao que un civil en traje de gala.

—A ver, a ver...

Verás lo que pasó. Estaba yo mano sobre mano, esperando que uno de los pasantes concluyera un informe, y sin recibir a ninguno de los clientes míos que estaban en el patio, cuando oí unas desafortunadas voces:

—¡Que se me va er tren! ¡Que tengo que dirme! ¡Que yo entro ahora mismo! ¡Abrirme calle!...

Y a renglón seguido, se abre la puerta de mi despacho, violentísimamente, y entra un «cateto» con una cara de bruto que daba miedo y un bulto en la cara que era un cimborrio.

—Usté disimule que haiga entrao dándole una patafta a la puerta, pero es que estoy ahí dende las tres y son las cinco y a las cinco y veinte sale er tren pa Ultrera y no pueo má.

En seguida me calé que aquel anima

lote no venía a buscarme a mí sino a ti y le dije palpándole la hinchazón:

—¿Qué? ¿Le duele a usted mucho?

—Como dolerme no es que me duele, pero, jinojo, hase muy feo este tolondrín aquí. ¡A vé si usté sabe que es lo que tengo yo en este burto, hombre!

—¿Siempre lo ha tenido usted así de inflado?

—No, señó, hombre. ¡Si yo en cuestión de cara he sío siempre un sol y una luna! ¡Si a mí me disen en er pueblo Cara bonita!

—Pues se le ha estropeado a usted el mote, compadre.

—No es eso lo peó, ¿sab'usté?, sino que yo toco un poquillo la guitarra, ¿sab'usté? y pa la Nochebuena, que es pasao mañana, ¿sab'usté? pos tenía yo que dí a una fiesta de Nasimiento muy bien pagao, ¿sab'uste? Y, vamos, yo no me presento asín en ninguna parte, porque no estoy de recibo. ¡Que son mu guasonas las gentes de Ultrera! ¿Sab'usté? De forma que si usté me manda argo pa que se me quite esto antes de Nochebuena, pues yo tan agradecío después de aboná lo que sea.

—Caramba, caramba...

—Mir'usté: pa que usté se vaiga haciendo un cálculo de cómo m'ha brotao a mí esta diformiá, le voy a desí que ha sío tó en cuatro días.

—Proceso sumarfísimo, le contesté por decirle algo.

—Por ahí vamos bien, me replicó el muy bestia. Se conose que usté sabe lo suyo. ¡No, si ya me lo dijeron! ¡El único que te puede desí lo que tú tienes en ese burto es don Jerónimo! Te va a llevá un ojo de la cara, pero verás cómo te lo dise.

—Ya veremos, ya... Dice usted que en cuatro días...

—Sí, señó. Primero me salió un tolonrosito colorao como un grano de graná.

—Siga.

—Mas pues por la noche, ya era como un piñón.

—Adelante.

—Ar día siguiente, cátele usté ahí, que me miro al espejo y era como una bellota.

—Pronto crecía.

—A eso del sol puesto, cuando me vine pa casa de mis viñas, era ya como una nuez.

—¡Hombre!...

—M'acosté, y cuando m'alevanté tenía er tamaño d'una castaña gorda.

—¡Caray!

—A la hora o cosa así, era como un pero.

—¿Gordo?

—Regulá. A eso de las oraciones esto era ya una mansana.

—¿De las grandes?

—De las mediás. M'acosté anoche cuando ya estaba como una pera, y mir'usté cómo me he aleventaio hoy: ¡esto es un membrillo!

—¿De manera, le contesté dándole unas palmaditas en las espaldas, que pasado mañana es Nochebuena, no?

—Sí, señó.

—¿Y usted se ha sentido ahí, primero como un grano de granada?...

—Sí, señó.

—Luego como un piñón...

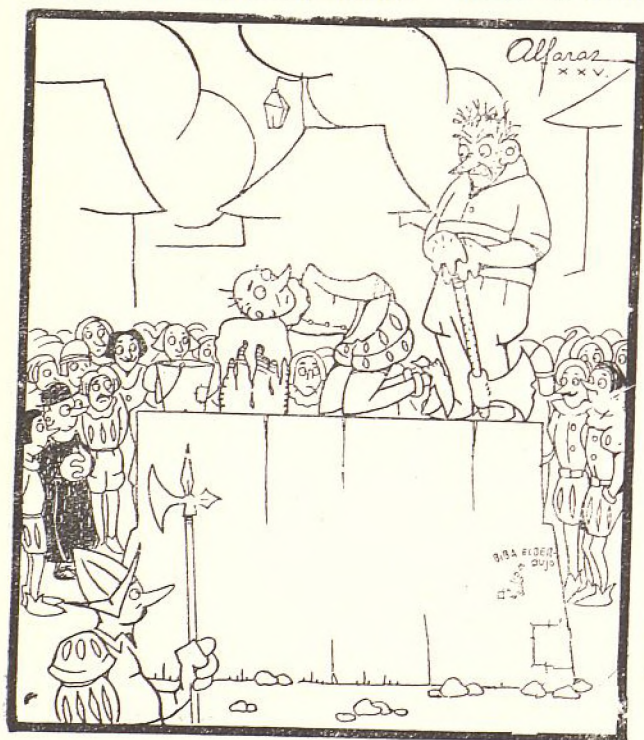
—¡Qué hombre! ¡Qué talento! ¡Cómo me lo va asertando tó!

—Y después, sucesivamente, bellota, nuez, castaña, pero, manzana, pera, membrillo... ¡Pues no me diga usté más! Ya sé lo que tiene usté dentro de ese burto.

—¿Er qué?

—¡Las Pascuas, hombre, las Pascuas! Y le dí tus señas.

Pedro PEREZ FERNANDEZ.



Dib.
ALFARAZ
Madrid.

EL VERDUGO. — *Perdone usted si le hago daño: es la primera vez que ejerzo el cargo de verdugo.*

EL REO. — *¡Hombre, qué casualidad! A mí también es la primera vez que me cortan la cabeza.*



Dib. ARISTO TÉLLEZ.—Madrid.

—¿Por qué se dedica usted a pintar siempre desnudos?

—Porque mis modelos favoritos son las mujeres, y como cambian tanto las modas, no quiero que se me queden los cuadros anticuados antes de que se les seque la pintura.

LA CULPA FUÉ DE AQUEL MALDITO BACHE

I

Napoleón dividió su vida en dos partes: antes y después de la batalla de Waterloo. La mía puede dividirse en otras dos separadas por un acontecimiento no menos importante: antes y después de tomar el autobús de la calle de Torrijos.

Este acontecimiento señaló una fecha decisiva en el almanaque zaragozano de mi existencia. Marchaba yo en la plataforma del susodicho vehículo, cuando un bache le hizo dar tal salto que salí despedido para caer ante las plantas de una señora que ocupaba uno de los asientos delanteros. Me ayudó a levantarme y, con este motivo, entablamos conversación. Era viuda de un médico fallecido hacía escasamente un año.

Poco tiempo después de aquel encuentro me casé con ella.

II

No tardé en comprender la idiotez que había cometido. Este descubri-

miento no me costó mucho tiempo; lo que sí me costó fué gran cantidad de vajilla. La batalla del Marne, comparada con las que yo sostenía con mi esposa, resultaba un frívolo *sketch* del teatro Roínea. Una vez, porque me permití insinuarla que no me agradaba su plato predilecto que era el canello con sifón, me tuvo encerrado durante seis días en la caja de la pianola y me dió cinco platos más, ahora que esta donación fué realizada de un modo asaz, violento.

Una noche, después de romperme dos besugueras en la cabeza, me cogió de la mano y me dijo: —Manolo, el gran error de nuestra vida ha sido no comprar la vajilla de aluminio.

III

E la me había manifestado en diversas ocasiones, su horror a los aparecidos.

—Si yo viera un fantasma me moriría del susto, —dijo una vez.



Did. CISNEROS.—Madrid.

—¿Cómo va usted sin abrigo con este tiempo tan malo?
—¡Helándome vivo!

—No lo dudé. De estas circunstancias me valí para ejecutar mi plan.

IV

Fuí a casa de mi amigo Ruano, que era espiritista, y le expuse mi proyecto. Consistía en llamar al espíritu del difunto marido de mi mujer para encargarle que se presentara por las noches a visitarnos. Cuando compareció, llamado por mi amigo el médium, no tuvo el menor inconveniente en aceptar. Tardamos sin embargo, en llegar a un acuerdo, ya que, como médico que era, insistía en no cobrarme menos de veinticinco pesetas por cada visita nocturna, so pretexto de que era lo que marcaba el arancel. No tuve más remedio que acceder. El velador dió once golpes lo cual iradió mi amigo Ruano, como señal de que el espíritu pedía un anticipo. Dejé sobre el velador un billete, que desapareció ipso-facto, y una tarjeta con mis señas. Como al casarme, mi mujer se había venido a mi casa, el no sospechó a quién iba a visitar.

V

Se presentó puntualmente varias noches seguidas. Pero no conseguí que mi esposa le viera la cara. Apenas sentía sus pasos, cubríase llena de terror el rostro con la colcha. El fantasma daba unos paseos por la alcoba, se acercaba a la mesilla donde yo, todas las noches, ponía un billete de cinco duros, se lo guardaba y desaparecía...

Una noche al entrar —la anterior había hecho mucho frío— pude observar que el espíritu venía con bujanda. Supuse que estaba acatarrado. Y, de pronto, como si quisiera confirmar mi opinión, abrió la boca y dió un estornudo tremendo, espantoso, que sonó como un cañonazo en el silencio de la alcoba.

Aquello me perdió. Mi mujer que, como todas las noches estaba tapada con la colcha, reconoció a su antiguo marido en la manera de estornudar.

Rápidamente se tiró de la cama y se fué hacia él, con una bota en alto, dispuesta a darle la bienvenida.

Y entonces ocurrió algo vergonzoso, horrible. El fantasma se puso pálido y mientras sus piernas se entrecrocaban por el pánico, me dijo:

—Voy a poner un continental a un amigo. Ahora vuelvo.

Y echó a correr por el pasillo de la casa a una velocidad inusitada.

Menos mal que aquella noche no se detuvo a recoger el billete de cinco duros.

MANUEL LAZARO

FRUSLERÍAS

EL ETCÉTERA

Cuando se muere, al fin, un fatuo cualquiera, los discretos respiran imaginando candorosamente que con él ha fenecido, al mismo tiempo, su fatuidad. ¡Tremendo error! Viva, y arrogante como nunca, queda la fatuidad de sus sucesores o herederos, los cuales se apresuran a exteriorizarla a tanto la página redactando una esquela de defunción en la que comunican al público una cosa así: «En su palacio, a las tantas del día, ha fallecido don Fulano de Tal y Cual y Qué sé yo qué y No sé cuánto, Caballero de la Orden X, Comendador de Z—ex presidente de la Asociación para reprimir la lluvia, ex vocal de la Junta de Adoquinado de las huertas, Gran Cruz de la mejor clase, cruz mediana de oro legítimo, cruz chica de dublé del más fino, ex diputado a cortes, premiado en diversos certámenes, vecino del barrio de Salamanca, lector asíduo de la «Gaceta del Pelanas», aplaudido aficionado al «mah-jong». ... —Y después, como si la enumeración procedente no bastara para abrumar al público, los señores deudos añaden coletilla formidable, que viene a ser como el mortero final de la trinitronante traca de méritos y títulos; añaden esto: «Etcétera».

Este etcétera es el sanseacabó, el «ya no puedo más» de los diversos lastres que acompañan al gran mentecato para que acabe de hundirse definitivamente en el infierno de la estupidez eterna, adonde sus mentecateces deben de haberle conducido. Todavía muerto, unos cuantos seres que alardean de piadosos, cubren sus carnes

haladas con un incendio de hojalatería y con un escándalo de tambor. Los renglones tipográficos que mencionan tantos y tan fútiles honores dan la sensación, según el lector los recorre, de que llega un instante en que les falta el resuello, en que la lista pugna por concluir y no quiere, en que las palabras se han quedado afónicas, y es necesario encontrar una, estallido final que valga y atruene por todo el espantoso silencio que habrá de sobrevenir. Ese etcétera es inmenso; jamás la estulticia humana inventó nada tan envenenado ni cínico. El etcétera es el colmo, el «non plus ultra», la patochada que se grita cuando ya no se sabe qué suspirar; la herradura que asoma por entre las tapas del ataud; el aldabonazo que todavía alborota en la puerta cuando ya nadie en la casa quiere oír al vanidoso que se largó de una vez y para siempre con viento fresco...

La lucha por la vida es, en realidad, una lucha por un etcétera. No nos importa ser esto, lo otro, y lo de más allá; queremos, ante todo, ser «etcétera», es decir, según la traducción, «y lo demás». Nadie nos conformamos con que se nos llame todo cuanto somos; hay que adularnos añadiendo el etcétera famoso. Así lo hacemos constar en los membretes, tarjetas, hojas de servicios, gacetas y diplomas. Con el etcétera cerramos y precintamos los enormes bultos de nuestra fanfarronería y aun de nuestra pequeñez de sapitos con manto y cetro. Los pobres diablitos sin codicia que no se proveen en el zoco social de un poco

de etcétera, fracasan. Nadie los cotiza. No «nos sirven». Ser Fulano, a secas, equivale a adoptar la forma menos llamativa del suicidio. Importa, por lo menos, llamarse Fulano de Tal, hijo de su padre y de su madre, «etcétera». Con este apéndice, por vago que parezca, pero tan reticente, tan misteriosamente prometedor, tan ladino y avituallado, un don Nadie asciende a Alguien excelentísimo. Siempre que leo una relación de colaboradores de una gran publicación, o de comensales a un banquete brillante, o de asistentes a una ceremonia solemníssima, y después de muchos nombres salta ese etcétera de texto en toda relación, siento unas ansias irreprimibles de llorar; de llorar por la turbia caterva de insignificantes, de preteridos, de desamparados que gimen y llaman detrás del muro de ese etcétera incommovible y fatal, implacable y olímpico, en cuyo dintel puede leerse escrito con sangre y bilis aquello, tan divulgado, del «Lasciate omni speranza»...

Para el bien, como para el daño, no existe palabra que supere al etcétera. Si el Fisco impusiese una fuerte contribución a todos los que se valen de tal palabra, la humanidad sanaría en el acto. Pero, queda la segunda parte del negocio; y esta segunda parte es que a ningún hombre nos conviene que los demás hombres dejen de ser como son; porque entonces, ¡adiós negocio!..

E. RAMÍREZ ANGEL

NO LES QUEREMOS DECIR A USTEDES

¡LA REGOCIJADA ESTUPENDEZ!

QUE VA A SER NUESTRO PRÓXIMO

NÚMERO ALMANAQUE

Y NO LES QUEREMOS DECIR TAMPOCO LA SERIE INFINITA DE COSAS CHUSQUÍSIMAS QUE SE NOS HAN OCURRIDO A NOSOTROS SOLOS PARA SOLAZ DE LOS LECTORES DE



BUEN HUMOR



QUE COMPREN POR EL RISIBLE Y DESPRECIABLE PRECIO DE

UNA PESETA

EL NÚMERO ALMANAQUE DE «BUEN HUMOR» DE 1926



DEL BUEN HUMOR AJENO



UN ATRACO

¿Qué le pasa a Gorito que sube tan macilento las escaleras de su casa, el que de ordinario las salva displicente y ágil, silboteando el *shimmy* de moda y haciendo juegos con su bastón de junco?

En verdad debe sucederle algo extraordinario, porque hoy Gorito parece que experimenta cierto trabajo en subir cada escalón. La criadita del segundo se ha cruzado con él sin escuchar el «Cada día está usted más bes-

tial» que acostumbra a dirigirle el joven deportista, cuyo flexible, echado hacia delante, casi le vela los ojos, al paso que el bastón pende, sujeto a la muñeca por la correita, golpeando rítmicamente contra los peldaños. Si no lo conociéramos lo bastante, diríamos que va pensando.

Apenas entrando en el hogar paterno, Gorito parece salir de su abstracción, para preguntar con cierto interés:

—¿Está papá en casa?

—En el despacho lo tienes, le responde su hermana a quien la interrogación iba dirigida.

Y Gorito se encamina al despacho, no sin haber lanzado una ojeada al espejo del recibimiento, para asegurarse de que ha compuesto bien la cara de circunstancias.

—Me pasa una cosa muy sensible, papá. Realmente es una vergüenza la poca vigilancia que hay en Madrid.

Ante este exordio enigmático, el autor de sus días se echa atrás en el sillón, esperando a ver por donde va a salir su vástago, al que conoce de sobra para que semejante proemio no lo ponga en guardia.

—¿Qué te sucede? Vamos a ver...

—Pues, verás: Esta tarde me diste el dinero para pagar la factura del sastre y como estas calles apartadas tienen un alumbrado tan deplorable y no hay nunca por ellas ni un guardia...

Gorito se interrumpe para apreciar el efecto que el relato causa en su progenitor; pero éste, impenetrable como la esfinge, guarda absoluto silencio y le mira atentamente, lo cual desconcierta un poco al joven, que prosigue:

—Iba yo tan tranquilo, cuando de detrás de la valla de un solar me ha salido un hombre con un garrote que me ha hecho entregarle todo lo que llevaba encima... Y no he tenido más remedio que dárselo...

El padre sigue callado, Gorito ve que su historia no parece haberle convencido y añade para remachar el clavo, mostrando los lugares a que alude.

—Hasta el anillo y el alfiler de corbata... ya ves.

—Conque... un hombre... bajito. ¿verdad?, interroga por fin el papá.

—Sí, sí... bastante bajo, se apresura a confirmar el pollo, al ver que el asunto parece encarrilarse.

—Y dices que... con un garrote.

—Una tranca muy gorda, que imponía respeto.

—Pantalón ceñido... y un gorrito de piel...

—Sí, sí... pero, ¿a tí también te ha atracado alguna vez? ¿Tú le conoces?

—¡Claro, hijo! ¡La sota de bastos!!

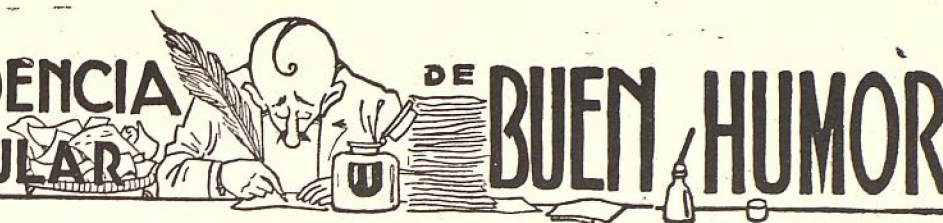
C. M. P.



(De London Mail.—Londres.)

LA SEÑORITA (contratando al chófer).—¿Es usted casado?
EL CHÓFER (distráido).—Sí, señorita; ¡muchas gracias!...

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

El duende de Santa Cruz. Sevilla. —Es largo y al final le deja a uno un poco frío. Y como estamos en noviembre, no es negocio el quedarse helado por complacer a un literato aunque sea tan amable como usted.

**PARA BODAS!!!
SEGURA
FOTOGRAFO**

4. Puerta del Sol, 4.
Teléfono 41-52 M.

Trubla. R'gala. —Eso mándelo a la sección recreativa, donde tenemos un hercúleo redactor para quien no existen jeroglíficos indecifrables.

A. Orbezo. Madrid. —No sir-

Desde que compra Teresa, los corsés *Casa de Presa* ha aumentado su ventura, porque su marido es presa de su mágica hermosura.

Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

ven sus desgraciadísimos *Hermanos siameses*.

O. C. B. Madrid. —No tiene usted

HOMBRES MODERNOS DESECHAD PERFUMES AFEMINADOS



AGUA COLONIA-EXTRACTO
LOCION-RHUM QUINA-FIJAPELO

Para Caballero

EL HOMBRE DEBE OLER COMO A HOMBRE

AMADOR

FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 12

ningún derecho para suponer que los guardias de la porra escriben sin ortografía. Por lo menos, para nosotros resultan mucho más decentes y caballeros que usted, por-

cerle, no nos dá la gana de exponerle a una tontería por otra tonte-

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA. — CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

ría. La otra tontería es el soneto, créanos usted a ojos cerrados.

Morsini. Bilbao. —;Sí, señor! ;Si-

A. R. M. Valencia. —En la cuenca del Amazonas y dedicado al cultivo del caucho, es donde tendría

Por no usar la de Orive célebre [Pasta, dentadura postiza mi padre gasta... Y en cambio, por usarla parte hoy [al pelo avellanas y nueces mi bisabuelo.

usted el lugar más adecuado a sus condiciones, porque es que hace usted el indio con una perfección que sobrecoge al espíritu mejor templado.

FÁBRICA DE LUNAS

Y ALMACÉN DE CRISTALES

BISELADO. GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO

F. FERNÁNDEZ

FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J

que, escriban como escriban, no nos envían a nosotros lo que escriben, cosa infame que hace usted en cambio y que nadie le critica.

C. N. D. Pamplona. —Ese soneto a Martínez Anido, que usted ha hecho con la mejor buena fe, resulta un desacato del que saldría usted muy mal librado. Y como le queremos de todo corazón, aun sin cono-

que usted siendo tan bruto como hace tres meses, y no tenemos más remedio que volvérselo a decir!... Realmente, eran muy pocos noventa días para convertir a un bestia en una persona decentemente vestida, y nosotros ya lo sabíamos. Conste, pues, que seguimos igual y que aquello de «a la cuadra!» continúa teniendo una dolorosa actualidad.

CUPÓN

correspondiente al núm. 209 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—¿En qué se parece Abd el Krim al mal olor de una habitación?
—En que desaparece quemando Alhucemas.

José Cubillana López.

Ingenuidad:

En un taller de modistas refería una de ellas el chiste tan conocido de que un borracho, arrimado a un farol de la calle, decía esperaba la llegada de su casa; y una de las chicas, que prestaba gran atención al relato, preguntó con la mayor naturalidad:

—¿Y le llegó la casa?

Victoria de Lorenzana.

—Mira qué bien acompañada va Fifi.

—Yo no veo a nadie.

—Sí, hombre, no ves que va con una máquina de «Zeiss».

Reone.

—Mira, Nemesio—dice una señora de alguna edad a su marido—, ¿has visto mi moño postizo?

Entonces su hijo, niño alegre y vivaracho, responde ingenioso:

—Mamá, ¿has mirado en el cedido?

Fernando S. Alguacil.—Segovia.

En una calle de Madrid están conversando dos ingleses, que usan monóculo.

Una gitana, acompañada de una niña, se acerca a ellos a pedir limosna.

Después de insistir la niña varias veces con resultados negativos, le dice la gitana:

—Déja'os ya, esaboría, que de ríos que son s'han comprado un par de lentes pa los dos.

Peque.—Madrid.

Un amigo pregunta a otro cuántos años tiene.

—No lo sé—le responde el otro.

—¿Cómo? ¿Ya no sabéis vuestra edad?

—Amigo mío, yo cuento mis dineros, mi vajilla de plata y mis rentas, porque podría perder algo o ser robado; pero como no temo que nadie me robe los años, ni que se me puedan extraviar, no me tomo la molestia de contarlos.

A. P. P.—Ceuta.

Ingenuidad:

Juanito.—Si será buena mi vecina que ayer tarde le robaron una gallina, ¿y a que no sabes lo que decía la infeliz?

Pepito.—¿Qué?

Juanito.—No quisiera saber más que quien me ha quitado la gallina, para darle un par de capones.

Tele.—Madrid.

¿En qué se parece don Jacinto Benavente, a la mayoría de los trabajadores españoles?

—En que cobra «La noche del sábado».

Aurelio Más.—Barcelona.

En un departamento de tercera clase del ferrocarril que va por la costa desde Santander a Bilbao, iban tres jóvenes desgredadas y sucias; y dice un viajero al compañero que lleva al lado:

—¡Es el colmo, que esas mujeres pasen por limpias!

Pedro Soria.—Madrid.

Había en mi pueblo una joyería, propiedad del señor X, el que era padre de varios hijos mayores.

X tenía el hábito de dejar a cargo de su hijo Z, el negocio en las primeras horas de la tarde, mientras se distraía jugando al tresillo en el Café del Jockey Club, situado a tres cuadras de su comercio.



Un buen día Z, se presentó al café.

—Padre, quiero hablarle,

—Bueno hijo, en seguida.

Pasan unos minutos.

—Padre, que es de urgencia.

—Que sí, hijo, ya termino.

Nueva espera del hijo sin mayores inquietudes.

—Bueno hijo, que te ocurre.

—Padre; un sujeto al parecer mal intencionado, armado de un guijarro rompió el cristal de la vidriera, cogió del estante el mejor reloj y fugóse ¿qué hago padre?

Atilio.

Nos molesta y nos cohibe el que nos mande hacer versos más los hacemos con gusto si son de Jarabe ORIVE.

Tórtolez se examina de Historia Natural.

—Dígame usted—dice el profesor—diez animales cetáceos y paquidermos.

—¡Sí, señor!—contesta aquél.—¡Dos ballenas y ocho hipopótamos!

Sor.—Madrid.

Cuando buscaba lectura vi anunciado en BUEN HUMOR que para bodas, Segura. Más creo ha de ser mejor —o me falta la cordura— para bodas, Amador.

R. Roig.—Tarrasa.

Entre amigos

—¿Cuál es el colmo de un coche fúnebre?

—Llevar un vivo.

—¿Y quien es?

—El cochero.

Pablo del Coso.—Madrid.

Un gitano que tenía hambre se fingió enfermo y pasó al Hospital para ver al Director, para quedarse en él, en calidad de enfermo; el director lo encamó y lo puso a dieta.

A los dos días el médico lo visitó; el gitano muy afligido le dice al médico ¿señor me lo parece que lo que tengo es debilidad?

El médico.—Bueno, hombre, te pondré un pajarito pasado por agua.

El gitano.—Señor me lo parece, si yo necesito una bandada....

Manuel Jiménez.—Tetuán.

En un día lluvioso.

—¿Cuál es el colmo de un guardia municipal?

—Parar en seco... la circulación Relámpagos.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10 40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6 50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO
DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. MEL.—Madrid.

LOS INFIELES

—¡Miserable!... ¡Un pantalón de mujer en el bolsillo!...
—¡Rediez!... Pues mira... Creí que había comprado unos pasteles... pero hace una noche tan oscura que me he debido equivocar de tienda...

Ayuntamiento de Madrid